

¡Aquí estoy,
porque me
has **llamado!**

Cultura, pastoral y promoción
vocacional en el Regnum Christi



REGNUM
CHRISTI

Índice

Introducción.....	7
--------------------------	----------

Capítulo I. Aquí estoy Señor, porque me has llamado.....9

Los esquemas de vocación en el Antiguo Testamento.....	10
La llamada al seguimiento de Jesús en el Nuevo Testamento	13

Capítulo II. Una renovada cultura y pastoral vocacional en la Iglesia y en el Regnum Christi17

La vocación personal. ¿Cómo entendemos hoy la vocación específica?	18
¿Cómo entendemos las diversas vocaciones dentro de la Iglesia y cómo se relacionan entre sí?	19
Entonces, ¿qué es y cómo entendemos la cultura vocacional?	21
¿Y la pastoral vocacional?	24
La relación entre cultura, pastoral y promoción vocacional	26

Capítulo III. Dimensiones de la vocación.....29

La vocación humana, una vocación a la vida y al amor.....	30
La vocación cristiana	31
La vocación a un carisma particular	33
La vocación específica.....	34

Capítulo IV: Una cultura vocacional que se expresa y se concreta en los elementos propios de la vida del Regnum Christi.....37

La vida espiritual, un encuentro con Jesucristo que nos llama	38
El apostolado, un encuentro con Jesús que nos envía	40
El acompañamiento, un encuentro con Jesús que camina a nuestro lado.....	41
La formación, un encuentro con Jesús que nos hace adquirir sus sentimientos	44
La vida de equipo y de comunidad, un encuentro con Jesús que nos reúne	46

Capítulo V. Las distintas vocaciones dentro del Regnum Christi.....49

Los laicos asociados del Regnum Christi	50
Los laicos consagrados del Regnum Christi	50
Las consagradas del Regnum Christi	51
Los Legionarios de Cristo	51

Conclusión: Cultura, pastoral y promoción vocacional en el Regnum Christi, una tarea compartida por todos .53

Abreviaciones55

Introducción

A partir del fin último del Regnum Christi, que es glorificar a Dios y hacer presente el Reino de Cristo en el estado y condición de vida a los que Dios nos ha llamado (cf. *EFRC* 7), resulta fundamental descubrir y acoger la propia vocación.

Por eso, será siempre central en la experiencia del miembro del Regnum Christi el ser acompañado para alcanzar su plenitud vocacional: «La familia espiritual Regnum Christi debe ser tierra fecunda para que los hombres encuentren su plenitud vocacional. Por ello [...] busquen colaborar en la creación de un ambiente que propicie comprender la vida como vocación y que facilite descubrirla y acogerla; y han de conocer, valorar y fomentar todas las vocaciones cristianas» (*EFRC* 48 §1).

Llamados, pues, a descubrir la propia vocación, a cuidarla y vivirla hasta el final, nos sentimos movidos a valorar y promover todas las vocaciones que Dios suscita en el seno del Regnum Christi y de la Iglesia, pues todas tienen su origen en el mismo Dios y contribuyen a la misión común.

Al término de la primera Convención General Ordinaria de la Federación Regnum Christi, nos comprometimos a tomar valientes opciones misioneras. Una de las prioridades que nos pusimos en este sentido, es promover una renovada cultura vocacional.

Con este ensayo queremos contribuir a una mejor comprensión y a una visión compartida en el Regnum Christi acerca de la cultura, pastoral y promoción vocacional, según el pensamiento actual de la Iglesia.

Capítulo I

Aquí estoy Señor, porque me has llamado

A lo largo de la historia de la salvación se han escuchado las voces de hombres y mujeres que, habiendo recibido un llamado de Dios, responden a la invitación que Él les hace: «¡Habla, Señor, que tu siervo escucha!>> (1 Sam 3, 9); «Heme aquí: envíame» (Is 6, 8); «He aquí la esclava del Señor; hágase en mí según tu palabra» (Lc 1, 38); «Al instante, dejando las redes, lo siguieron» (Mc 1, 18); «Él se levantó y le siguió (Mt 9, 9); ¿Qué he de hacer, Señor?» (Hch 22, 10).

Las Escrituras han dejado huella del testimonio de generaciones y generaciones de «llamados» por Dios y posteriormente, por Jesús, a seguirle, servirle y realizar una misión concreta.

El libro del Génesis relata la manera en que el hombre y la mujer son llamados a la existencia, a la comunión con Dios y a la misión de dar vida a la humanidad entera (cf. Gn 1, 26-28). Partiendo de esta primera e indispensable llamada a la vida, Dios invita a hombres y mujeres a una misión específica. La finalidad de esta vocación es la de cumplir una tarea en la historia de la salvación. Tanto el Antiguo como el Nuevo Testamento presentan diversos esquemas de vocaciones que sirven de referencia para nosotros los cristianos que nos sentimos también llamados por Dios.

Los esquemas de vocación en el Antiguo Testamento

En el Antiguo Testamento encontramos cuatro tipos de esquema de llamado y respuesta.

El primero es un esquema de orden-respuesta. Dios da una orden a un personaje de la historia de la salvación y este responde ejecutando la orden que Dios le propone. Uno de los ejemplos más claros es la llamada de Abrahán (cf. Gn 12, 1-4). El autor relata cómo el Señor ordena a Abrán que salga de su tierra y de su patria hacia la tierra que Dios le mostrará. Él inmediatamente, sin objeción ninguna, se pone en camino.

En este esquema de vocación, Dios es el que tiene la iniciativa. Llama a un hombre que se encuentra fuera de la tierra de la promesa, y le pide dejar su tierra, sus parientes y la casa de su padre. Abrán tiene que romper con todo lazo anterior, dejar su familia, su etnia, su tierra y todas sus seguridades para tener en Dios su única seguridad. Ante esta renuncia, ordenada por Dios, se presenta una promesa. Dios no deja a Abrán en el vacío, sino que pacta con él una alianza prometiéndole, de manera gratuita, una tierra y una descendencia. Dios lo bendecirá con una tierra que mana leche y miel (cf. Dt 26, 9) y lo convertirá en padre de un gran pueblo. A Abrán se le dará un nuevo nombre indicando su vocación-misión: padre de una multitud de naciones (cf. Gn 17, 5); en él serán bendecidas todas las familias de la tierra. Ante el llamado, Abrahán

responde adhiriéndose al plan de Dios sin preguntas y sin objeciones, y sale de su tierra.

En el segundo esquema de vocación, la persona, a impulsos del Espíritu, percibe una necesidad, y se ofrece para ponerse al servicio de Dios y cumplir lo que le pida. Éste es el caso de Isaías. En el relato de su vocación (cf. Is 6, 1-13), el profeta narra la visión que tiene de la gloria de Dios en el Templo, y escucha la voz de Dios que dice: «¿A quién enviaré? ¿y quién irá de nuestra parte?». En ese momento, sin titubear, Isaías le responde a Dios: «Heme aquí: envíame» (Is 6, 8).

Isaías es un profeta consciente de la situación de pecado en la que se encuentra su pueblo. Profetiza en la época de la monarquía en la que los reyes y muchos del pueblo cometen injusticias, se dedican al culto de los ídolos y no confían en el poder de Dios para liberarlos de los enemigos. Isaías mismo, lleno de sacro temor, confiesa que él también es un hombre de labios impuros, que habita en medio de un pueblo de labios impuros. Sin embargo, el reconocimiento de su fragilidad y pecado no le frena para dar una respuesta a Dios. Él se deja purificar por el Señor con el símbolo del carbón encendido que quema sus labios. A través de este signo el profeta está listo para ser mensajero del Señor al pueblo. Ahora, purificado, es capaz de responder al Señor: «Heme aquí: envíame» (Is 6, 8).

El tercer esquema es aquel que se realiza por etapas. La persona va percibiendo de alguna manera que al-

quien le está llamando. Dios se le ha manifestado en diversos momentos, hasta que finalmente la persona se da cuenta de que Dios lo está llamando y responde. El caso más paradigmático es el del profeta Samuel (1 Sam 3).

Samuel servía al Señor a las órdenes del sacerdote Elí en el Tabernáculo de Silo. Una noche Dios lo llama, pero él no es capaz de identificar quién está pronunciando su nombre en la oscuridad. Samuel piensa que es el sacerdote Elí, y por tres veces se presenta ante él: «Aquí estoy, porque me has llamado» (1 Sam 3, 5.6.8). La tercera vez Elí se da cuenta que es el Señor quien llama al muchacho, y le dice lo que debe responder: «Habla, Señor, que tu siervo escucha» (1 Sam 3, 9). Ante la insistencia de Dios, por fin Samuel responde. De esta manera Samuel se convierte en el profeta que realiza la transición entre el período de los jueces a la monarquía.

El último esquema de vocación atestiguado en la Biblia es el de objeción. En este caso, la persona recibe una orden de Dios, pero, de una manera u otra, la persona no se siente capaz de cumplir la misión encomendada y por eso presenta una o varias objeciones, hasta que por fin se rinde al Señor. Tenemos el ejemplo de Moisés, el cual, enviado por Dios a salvar a su pueblo, le presenta profusamente todos los motivos por los que, a su parecer, él no es la persona indicada para la misión (cf. Ex 3-4).

Moisés se había encontrado con el Señor en el monte Horeb, en la visión de una zarza que arde sin consumirse. En la conversación que sostiene con él, Dios le llama por su nombre y le revela su propio nombre. Dios ha decidido visitar a su pueblo y sacarlo de la tierra de la esclavitud, y quiere llevar a cabo este prodigio por mano de su elegido, Moisés. El otrora pastor de hombre en Egipto, ahora sencillo y feliz pastor de animales, se siente abrumado ante la llamada e intenta esquivar el bulto: «¡Por favor, Señor! Yo no he sido nunca hombre de palabra fácil, ni aun después de haber hablado tú con tu siervo; sino que soy torpe de boca y de lengua» (Ex 4, 10). Pero son excusas pueriles, y Dios le devuelve a la realidad: «¿Quién dio la boca al hombre? (...) Yo estaré con tu boca y te enseñaré lo que has de decir» (Ex 4, 11-12). Es Dios quien sostendrá la misión del profeta y liberador.

La llamada al seguimiento de Jesús en el Nuevo Testamento

Los mismos esquemas de vocación los encontramos en el Nuevo Testamento. Dios, encarnado en Jesús, dirige su mirada hacia algunos hombres para invitarlos a seguirle. Jesús, mediante el poder soberano de su divina palabra, llama a sus discípulos para que estén con él y con él participen en la proclamación del Reino de Dios.

Podríamos decir que la llamada de Cristo se realiza en dos momentos. En el primer momento, Jesús toma

la iniciativa, como cuando invita a Pedro y Andrés a ir detrás de él para hacerlos pescadores de hombres (Mc 1, 16-18), cuando llama a Santiago y a Juan (Mc 1, 19-20), o cuando le dice a Leví: «Sígueme» (Mc 2, 14).

En este primer momento, Jesús llama a dedicarse totalmente a Él y a su misión. Supone un cambio radical en la vida de los invitados, es decir, dejar el hogar y la propia ocupación. Este llamado se da en la vida cotidiana, mientras realizan su profesión como pescadores o recaudadores de impuestos. Los primeros discípulos responden con prontitud y absoluta disponibilidad. Deciden acompañar a Jesús en todo momento escuchando sus palabras, adoptando su forma de vida y siendo enviados a realizar la misma misión del Maestro.

El primer momento de la llamada se complementa con un segundo momento: cuando, habiendo vivido con el Maestro, escuchado sus enseñanzas y visto el poder de Dios actuando en él, ahora deben decidir seguirle hasta Jerusalén: hasta su pasión y muerte. Este es el momento que, por ejemplo, nos narra san Marcos en el contexto del viaje a Jerusalén (cf. Mc 8, 31-35). Para los discípulos no resulta fácil. De hecho, cuando Jesús anuncia su pasión, Pedro quiere disuadirlo (cf. Mc 8, 32). Pero Jesús lo reprende: «¡Ponte detrás de mí!» (Mc 8, 33). La respuesta de Jesús a Pedro tiene una clara intención vocacional: Pedro se quiere colocar delante del Maestro para impedirle el paso y que no continúe hacia Jerusalén. Pero Jesús no quiere a Pedro delante, sino detrás: «¡Ponte detrás de mí!» (Mc

8, 33): «Tú sígueme» (Jn 21, 22). Es necesario que el discípulo asuma el destino del Maestro. Entonces, dirigiéndose a todos, confirma esta doctrina: «Si alguno quiere venir detrás de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame» (Mc 8, 34). Este es el segundo momento de la llamada. Los discípulos deben decidir si están dispuestos a entregar la vida, «detrás de» su Maestro.

Los dos momentos de la llamada se complementan. La primera vocación se encuentra en el contexto de la inminente llegada del Reino de Dios, y la respuesta implica un cambio de vida: dejar la familia y el trabajo para ir detrás de Jesús. Sí, es una exigencia radical, pero externa. El contexto de la segunda vocación es la inminente Pasión de Jesús, que implica una respuesta de conversión: negarse a sí mismo, aceptando perder la propia vida (como Jesús), para ganarla (cf. Mc 8, 34-37; 10, 5). Este segundo momento de la llamada no anula el primero, sino que lo profundiza invitando a un seguimiento más cercano.

A lo largo de la historia de la salvación, el llamado de Dios ha resonado en el corazón de hombres y mujeres, invitándolos a seguirlo y a asumir una misión concreta en su plan de salvación. La iniciativa siempre parte de Dios. Sin embargo, desde los relatos sobre Abraham, Moisés, Isaías y Samuel, hasta la vocación de los apóstoles en el Nuevo Testamento, siempre ha surgido, espontánea, la respuesta al Dios amoroso que llama a participar de su misión.

Cada esquema de vocación nos revela una dimensión única de este llamado: la obediencia inmediata, la disposición generosa, el proceso gradual de reconocimiento y las objeciones superadas por la gracia de Dios. En Jesús, este llamado alcanza su plenitud, exigiendo una adhesión radical que no solo implica dejar atrás elementos humanos, sino también asumir la cruz y compartir su destino.

Estas experiencias bíblicas iluminan la vocación de todo bautizado y de cada miembro del *Regnum Christi*. Dios sigue llamando a cada persona a una vida de comunión con Él y de misión en el mundo. La invitación permanece abierta: escuchar su voz y responder con generosidad, como tantos antes que han dicho: «Aquí estoy, Señor, porque me has llamado».

Capítulo II

Una renovada cultura y pastoral vocacional en la Iglesia y en el Regnum Christi

Como hemos visto en el capítulo anterior, toda la historia de la salvación está entretejida de llamadas y respuestas de Dios y del hombre. También la historia personal de cada uno, es una historia vocacional: un recorrido de llamadas y respuestas.

El Concilio Vaticano II destacó con fuerza: «Todos los fieles, cristianos, de cualquier condición y estado, fortalecidos con tantos y tan poderosos medios de salvación, son llamados por el Señor, cada uno por su camino, a la perfección de aquella santidad con la que es perfecto el mismo Padre»¹.

Se impone, en este momento, un razonamiento nuevo sobre la vocación y sobre las vocaciones; sobre la cultura vocacional, la pastoral vocacional y la promoción o propuesta vocacional.

¹ Lumen Gentium, n. 11

La vocación personal. ¿Cómo entendemos hoy la vocación específica?

La vocación (del latín *vocare*, llamar), encuentra su fundamento en la Sagrada Escritura. Dios, que se revela a sí mismo como Amor en una Trinidad de Personas, llama al ser humano, creado a su imagen y semejanza, a encarnar este mismo amor en la comunión con Él y entre sus hermanos. Esa es la vocación esencial y común a todo ser humano. Y esta vocación se concreta y realiza en la vocación específica de cada hombre o mujer.

Podemos describir la vocación específica como el modo personal en que cada uno es amado por Dios. Se podría hablar de la vocación como el «sueño de Dios» para cada persona. En un documento titulado *Nuevas vocaciones para una nueva Europa*, la Obra Pontificia para las Vocaciones Eclesiásticas describía así el llamado de Dios:

«La vocación es el pensamiento providente del Creador sobre cada criatura, es su idea-proyecto, como un sueño que está en el corazón de Dios, porque ama vivamente a la criatura. Dios-Padre lo quiere distinto y específico para cada viviente» (NVNE 13, a).

La vocación específica es el modo en que cada persona realiza, en plena libertad, la imagen de Dios de una manera única e irrepetible. Dice el mismo documento antes citado:

«El ser humano, en efecto, es “llamado” a la vida y al venir a la vida, lleva y encuentra en sí la imagen de Aquél que le ha llamado [...] Vocación es propuesta divina a realizarse según esta imagen, y es única-singular-irrepetible precisamente porque tal imagen es inagotable. Toda criatura significa y es llamada a manifestar un aspecto particular del pensamiento de Dios. Ahí encuentra su nombre y su identidad; afirma y pone a seguro su libertad y su originalidad» (NVNE 13, a).

Finalmente, la vocación es el modo personal en el que cada uno es llamado a participar de la misión de Cristo:

«Vocación y misión constituyen dos caras del mismo prisma. Definen el don y la aportación de cada uno al proyecto de Dios, a imagen y semejanza de Jesús» (NVNE 19, c).

¿Cómo entendemos las diversas vocaciones dentro de la Iglesia y cómo se relacionan entre sí?

La conciencia de tener una vocación recibida de Dios subraya la individualidad irrepetible de cada persona y a la vez, el hecho de que cada ser humano se realiza en contacto con los demás. Toda vocación en la Iglesia surge en el seno de la comunidad de creyentes y es válida por ella (cf. Hch 13, 1-2) y está al servicio

de la misión común. La Iglesia, en cuanto comunidad de llamados, es madre de vocaciones, generando vocaciones permanentemente, teniendo en cuenta tanto las necesidades de la Iglesia como los signos de los tiempos.

Respecto al tema que estamos tratando, la eclesiología expresada en el Concilio Vaticano II, principalmente en las constituciones *Lumen Gentium* y *Gaudium et Spes*, tiene algunos rasgos característicos. Ante todo, la comprensión de la Iglesia como **pueblo de Dios en camino** y como **comunidad de bautizados**, permite comprender la naturaleza comunitaria de la vocación, que la persona no se da a sí misma, sino que es un don amoroso de Dios a su pueblo. Por otro lado, el **llamado o vocación universal a la santidad** permite comprender esencialmente la vocación como un camino de santidad que nos une a todos, más que como un oficio o aspecto que nos diferencia de los demás.

La vocación, por lo tanto, es el llamado compartido por todos los creyentes, en cuanto que la vocación fundamental del cristiano es la plenitud de una vida santa en Cristo. No obstante, al mismo tiempo, las distintas vocaciones específicas son complementarias entre sí: en efecto, cada cristiano, realizando su llamado específico, sirve a sus hermanos en la Iglesia y se beneficia de los dones que las diferentes vocaciones proporcionan.

La cultura vocacional brota de este modo de entender la vocación personal y la relación entre las distintas vocaciones en la Iglesia.

Entonces, ¿qué es y cómo entendemos la cultura vocacional?

Cuando hablamos de cultura, en cualquier ámbito, pensamos sobre todo en tres componentes: una mentalidad, una sensibilidad y un estilo de vida. La mentalidad (componente intelectual) es el modo de interpretar la vida con sus experiencias. La sensibilidad² (componente afectivo) es el modo en el que nos involucramos con los demás. El estilo de vida (componente comportamental) es el que genera opciones y compromisos.

La «cultura vocacional» asume estos tres componentes. Ante todo, es necesario profundizar en la teología vocacional: ¿Qué es la vocación? ¿Qué nos revela Dios sobre ella? ¿Entiendo la vocación como la entiende la Iglesia? Como hemos visto en las páginas anteriores, es preciso concebir la vocación como un componente esencial del ser humano, llamado por Dios de la nada al ser, para ser imagen de la Trinidad y miembro del cuerpo místico de Cristo: la Iglesia.

² Aquí se comprende sensibilidad como «el órgano interior de la persona que evalúa y hace experimentar algo como agradable y, por lo tanto, atractivo, o bien, desagradable y por lo tanto, amenazador» (A. Cencini, *Construir cultura vocacional*, Paulinas, 2013).



Para profundizar

Los tres elementos de la cultura vocacional los podemos resumir por medio de tres preguntas, que a su vez nos ayudan como pauta de análisis para saber si existe o no y en qué medida una Cultura vocacional en nuestras secciones, obras y apostolados:

- Mentalidad vocación: ¿Cómo pensamos acerca de la vocación, del llamado de Dios, de la misión personal, etc.? ¿Qué pensamos acerca de estos términos? ¿Son semejantes a los que la Iglesia y el Evangelio proponen?*
- Sensibilidad vocacional: ¿Cómo vivimos los valores vocacionales? ¿Vivimos nuestra vida como una vocación, como una misión'?*
- Pedagogía vocacional: ¿Cómo nos organizamos? ¿Qué estamos haciendo para promover esta cultura vocacional?*

Si la sensibilidad es un componente de toda cultura, la cultura vocacional se compone de las convicciones que nacen de las verdades de fe. A medida que los principios de la fe se convierten en convicciones, se hacen espiritualidad vocacional. Es el paso de la teología a la experiencia personal, es decir, la apropiación que cada creyente hace de las certezas de fe. ¿Vivo mi vida como una vocación, como una misión? ¿Experimento mi vocación específica como un servicio, a la vez necesario y complementario, para toda la Iglesia?

La cultura vocacional supone una actitud de discernimiento y una interpretación de las experiencias a partir de la iniciativa de Dios, de donde brotan opciones y compromisos.

Finalmente, la cultura vocacional implica un estilo de vida. Para que las convicciones se vuelvan opciones e impulsen compromisos es necesaria la pedagogía vocacional (práctica, estilo de vida), entendida como el proceso educativo que permite que la teología y la sensibilidad se traduzcan en gestos coherentes en la vida diaria. De aquí brota el apostolado vocacional. ¿Cómo nos organizamos? ¿Qué estamos haciendo para promover esta cultura vocacional?

La vocación no es un asunto privado: es un don que Dios hace a cada ser humano en el seno de la Iglesia. El fomento de la cultura vocacional lleva a que cada uno se sienta no solo responsable de su propia vocación, sino corresponsable de cada vocación.



Es necesario, por tanto, promover una cultura vocacional que sepa reconocer y acoger aquella aspiración profunda del hombre, que lo lleva a descubrir que solo Cristo puede decirle toda la verdad sobre su vida. Él que «ha penetrado de modo único e irreplicable en el misterio del hombre» (Redemptor hominis, 8), «manifiesta plenamente el hombre al propio hombre y le descubre la sublimidad de su vocación» (Gaudium et spes, 22): la vida es don totalmente gratuito y no existe otro modo de vivir digno del hombre, fuera de la perspectiva del don de sí mismo. Cristo, buen pastor, invita hoy a todo hombre a reconocerse en esta verdad. La vocación nace del amor y lleva al amor, porque «el hombre no puede vivir sin amor» (Redemptor hominis, 10). Esta cultura de la vocación constituye el fundamento de la cultura de la vida nueva, que es vida de agradecimiento y gratuidad, de confianza y responsabilidad; en el fondo, es cultura del deseo de Dios, que da la gracia de apreciar al hombre por sí mismo, y de reivindicar



constantemente su dignidad frente a todo lo que puede oprimirlo en el cuerpo y en el espíritu.

Mensaje del Santo Padre Juan Pablo II para la XXX Jornada Mundial de Oración por las Vocaciones, septiembre de 1992, n. 2

¿Y la pastoral vocacional?

La comprensión más profunda del misterio de la vocación ha tenido un gran impacto en el modo de vivir la pastoral vocacional. De hecho, la Iglesia ha dedicado numerosos congresos e incluso un sínodo a la reflexión sobre este tema³. Como fruto de estos encuentros se ha alcanzado una visión más amplia de la pastoral vocacional, definida como «la acción constante y coordinada de la comunidad eclesial a fin de que cada uno de sus miembros reconozca la llamada que Dios le hace y a la que ha de responder con generosidad. Busca que cada persona pueda descubrir el camino para la realización de un proyecto de vida según lo quiere Dios y lo necesita el mundo de hoy»⁴.

La Iglesia es consciente de que el trabajo vocacional no es una estrategia práctica para mejorar el reclutamiento y acrecentar el número de pastores o de religiosos. El trabajo por buscar la plenitud vocacional de cada cristiano nace de la misión de la Iglesia y está a su servicio (cf. *NVNE* 25). De aquí el llamado a «voca-

3 Congresos en América Latina en 1994 y 2011; Congresos en Europa en 1997 y 2009; Congreso internacional en 2016; Sínodo de los obispos sobre «La fe, los jóvenes y el discernimiento vocacional» en 2018.

4 Documento conclusivo del II Congreso Continental Latinoamericano de Vocaciones, 2011, n. 79.

cionalizar» todas las pastorales⁵. Esta situación representa un «salto de calidad» en la pastoral vocacional, que debe provocar algunos cambios de actitud:

- Motivar esta pastoral por la coyuntura negativa de la disminución de vocaciones especialmente consagradas, por el miedo a la disminución o desaparición de familias religiosas, es sumamente reductivo. El interés de la Iglesia por la plenitud vocacional de sus miembros nunca debe perder de vista la esperanza cristiana, que nace de la fe y se proyecta hacia la novedad y el futuro de Dios, que siempre engendra vida en la Iglesia.
- La pastoral vocacional no puede seguir estando orientada exclusiva o casi exclusivamente a algunas vocaciones (sacerdotal y consagrada): ha de mirar a la promoción de todas las vocaciones, que crecen juntas y se benefician entre sí.
- Es necesario no restringir el campo de acción a algunas categorías de personas los más próximos a los ambientes de Iglesia, o a los que parecerían manifestar inmediatamente un cierto interés en conocer una vocación concreta y extender, con valor, a todos el anuncio y la propuesta vocacionales, en nombre de aquel Dios que no hace acepción de personas.
- Se debe pasar de una pastoral vocacional insegura y tímida, a una acción que nace de la convicción de que toda persona es un don original de Dios que espera ser descubierto.

⁵ Cf. *Documento conclusivo del II Congreso Continental Latinoamericano de Vocaciones*, 2011, nn. 78-80.

- Además, es imprescindible pasar del reclutamiento y la propaganda, que puede forzar la libertad del individuo, a tener claro que el fin es ayudar a la persona a discernir el designio de Dios sobre su vida, de cara a la edificación de la Iglesia, y a reconocer y realizar en sí misma su propia verdad.
- Es importante dejar atrás una animación de iniciativas y experiencias episódicas y difundir una educación vocacional inspirada en un método de acompañamiento comprobado, para poder prestar una ayuda apropiada a quien está en búsqueda.
- Finalmente, será necesario pasar de una animación vocacional individual y aislada a una animación comunitaria.

La relación entre cultura, pastoral y promoción vocacional

Hacer hincapié en la cultura vocacional como punto de partida responde a la pedagogía que ha ido emergiendo en la Iglesia, como se refleja en los documentos más recientes sobre este tema⁶. En la 1ra Convención General del Regnum Christi esta cultura vocacional queda expresada de esta manera:

6 Entre estos documentos cabe mencionar los resultantes de las asambleas continentales como, por ejemplo, el de «Nuevas vocaciones para una nueva Europa»; la exhortación postsinodal *Christus vivit* en la que se desarrolla el tema en el marco de la pastoral juvenil; y las conclusiones de los diversos congresos de distinto alcance que se han venido realizando, como el «Documento conclusivo del II Congreso Continental Latinoamericano de Vocaciones», entre otros.

«*Promover una cultura vocacional*. Queremos realizar toda nuestra actividad apostólica desde el llamado personal que Dios hace a los hombres, imbuyéndola de una auténtica pedagogía vocacional, que propicie la comprensión de la vida como vocación y facilite que cada persona descubra y acoja la suya propia (cf. *EFRC* 48). Buscamos que, en los distintos ámbitos del *Regnum Christi*, con naturalidad se puedan hacer procesos de plenitud vocacional y, de este modo, maduren vocaciones a la vida matrimonial, consagrada y sacerdotal»⁷.

Es importante entender y vivir adecuadamente lo que significa y cómo se relacionan entre sí cada uno de los siguientes conceptos: cultura, pastoral y promoción vocacional. La *cultura vocacional* propicia la comprensión de la vida como vocación, como fruto del llamado personal que Dios hace a cada hombre, de donde este se siente llamado a actuar en consecuencia. La *pastoral vocacional* facilita que cada persona descubra, acoja y lleve a plenitud su propia vocación. Finalmente, la *promoción vocacional* propone las diversas vocaciones específicas —a la vida matrimonial, consagrada y sacerdotal— con naturalidad, ofreciendo los medios para que cada uno pueda descubrir la suya y florecer en ella.

Se trata, por tanto, de generar una cultura que parte de la convicción de que la vida es vocación y de que toda vocación supone una misión. El papa Francisco lo expresa de una manera aún más radical: «Yo soy una misión en esta tierra, y para eso estoy en este mundo» (*EG* 273, cf. *ChV* 254).

⁷ Comunicado de la Convención General Ordinaria de la Federación *Regnum Christi* (4 de mayo de 2024), n. 23, 1.

En fin, la renovada comprensión de la pastoral vocacional implica no dar por supuesta una cultura vocacional, sino contribuir a crearla, iniciar procesos profundos y acompañar libertades. Se promueve a través de formadores que sean pacientes educadores en la fe y acompañen a la persona a encontrar su camino mediante el discernimiento.

Capítulo III

Dimensiones de la vocación

Hablar de vocación supone entrar en el corazón, de donde surgen las preguntas esenciales: ¿De dónde vengo? ¿A dónde voy? ¿Quién soy? (y más profundamente aún: ¿para Quién soy?) ¿Cómo realizar el profundo deseo de amar y ser amado? ¿Cuál es mi misión en la vida? En definitiva: ¿Dónde puedo encontrar mi plenitud? ¿Cuál es mi vocación particular?

Esta búsqueda constituye un proceso gradual. En un sentido, la vocación se experimenta como una realidad continua, cotidiana, a lo largo de toda la vida, pues Dios nos sale constantemente al encuentro y nos llama cada día a dar un paso hacia Él. Ese constante llamar de Dios implica un constante ejercicio de la libertad. En otro sentido, es también verdad que hay momentos precisos de la vida en que somos invitados a realizar opciones fuertes en respuesta al llamado personal que Dios nos hace.

La vocación particular de cada uno se enraíza en la propia historia. Mediante el discernimiento la vamos acogiendo, sabiendo que Dios es el protagonista, que habla con claridad para que conozcamos a qué nos llama y cómo podemos responder a ese camino de plenitud y fecundidad.

La vocación humana, una vocación a la vida y al amor

Nunca podemos olvidar que el punto de partida es que somos amados. La clave del ser llamado es el ser amado. Un amor que nos trae a la existencia, que nos regala la vida de manera incondicional. Nadie da la vida ni se la gana a base de méritos o capacidades personales. La vida es don. Y esa es la primera vocación que recibimos: la existencia.

Por lo tanto, el primer llamado que recibimos todos es la vida. Venir a la existencia no es una elección personal; es Otro el que lo ha decidido por nosotros. De aquí puede brotar la pregunta: ¿Para qué me ha creado Dios? ¿Cuál es el propósito de mi vida? ¿Qué se espera de mí?

La respuesta que nos da la fe a esta cuestión es el amor. Dios es Amor, nos crea por amor y para el amor, e intuimos que la clave de la felicidad sólo puede hallarse en acoger el amor de Dios y responder a él entregándonos a nuestro prójimo por amor suyo. Esta verdad es intuitiva también por quienes no han recibido la Revelación.

Además, sabemos que Dios ha puesto en el corazón humano unos principios o valores que son universales, más allá de las creencias de cada persona, y que se conocen como ley natural y se contienen en el Decálogo. La llamamos ley natural porque deriva de nuestra naturaleza, y por tanto de Dios que imprimió en nosotros su imagen.

En un proceso de discernimiento y de maduración en la propia vocación la primera pregunta es si la persona está viviendo su vocación humana, si ama la vida recibida de Dios y se realiza en la justicia y el amor.

«La vocación de la humanidad es manifestar la imagen de Dios y ser transformada a imagen del Hijo Único del Padre. Esta vocación reviste una forma personal, puesto que cada uno es llamado a entrar en la bienaventuranza divina; pero concierne también al conjunto de la comunidad humana» (CCE 1877).

La vocación cristiana

El cristiano acoge una segunda llamada, la de la fe: por el bautismo queda inserto en Cristo y forma parte de la Iglesia.

El fruto del Bautismo, o gracia bautismal, es una realidad rica que comprende: el perdón del pecado original y de todos los pecados personales; el nacimiento a la vida nueva, por la cual el hombre es hecho hijo adoptivo del Padre, miembro de Cristo, templo del Espíritu Santo. Por la acción misma del bautismo, el bautizado es incorporado a la Iglesia, Cuerpo de Cristo, y hecho partícipe del sacerdocio de Cristo.. (CEC 1279)

«El sello bautismal capacita y compromete a los cristianos a servir a Dios mediante una participación viva en la santa Liturgia de la Iglesia y a ejercer su sacerdocio bautismal por el testimonio de una vida santa y de una caridad eficaz (cf LG 10)» (CEC 1273).

«Los bautizados vienen a ser “piedras vivas” para “edificación de un edificio espiritual, para un sacerdocio santo” (1 P 2,5). Por el Bautismo participan del sacerdocio de Cristo, de su misión profética y real, son “linaje elegido, sacerdocio real, na-





ción santa, pueblo adquirido, para anunciar las alabanzas de aquel que os ha llamado de las tinieblas a su admirable luz” (1 P 2,9). El Bautismo hace participar en el sacerdocio común de los fieles.» (CEC 1268).

Por la consagración bautismal el cristiano está llamado a ser presencia visible de Cristo en el mundo. Cristo vive y actúa hoy a través de su Iglesia, es decir, a través de cada uno de los bautizados. El Espíritu Santo realiza la obra de irnos configurando con Cristo, en sinergia con nuestra respuesta libre, hasta que tengamos los mismos sentimientos del Hijo, pues somos «hijos en el Hijo».

Todo bautizado, al estar insertado en Cristo, comparte con Él su ser sacerdote, profeta y rey.

Por el sacerdocio común el cristiano puede ofrecer su vida cotidiana, su oración y su servicio uniéndolos a la ofrenda de Jesucristo y de toda la Iglesia en la Eucaristía como sacrificio agradable al Padre. Por la profecía, es llamado a anunciar con su testimonio y su palabra el Reino de los cielos, haciéndolo presente en medio del mundo. Por su participación en la realeza de Cristo, es hijo de Dios por adopción y heredero del Padre, merecedor del Espíritu Santo.

Dicho de otra manera, el bautismo es un llamado de todos los días a vivir de una manera concreta de acuerdo con el amor de Dios, «que ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que se nos ha dado» (Rm 5,5).

De ahí que Juan Pablo II invitara a los participantes en el Jubileo de los laicos del año 2000 a hacerse la pregunta: ¿Qué he hecho con mi bautismo? ¿Qué he hecho con mi confirmación?⁸

Si somos templos del Espíritu Santo, somos el cuerpo de Cristo, su gracia vive en cada uno de nosotros, ¿qué hacemos cada día con este tesoro que llevamos dentro?

A partir de la consagración bautismal, el cristiano encuentra su plenitud en la vivencia del Evangelio, cuya cumbre es el sermón de la montaña. De ahí que vivir la caridad, la humildad, la mansedumbre, la pureza, la justicia, esté en el corazón de toda vocación cristiana.

Un bautizado que se plantea su vocación debe comenzar por abrazar conscientemente su consagración bautismal (de sacerdote, profeta y rey) y el Evangelio (las bienaventuranzas) en medio de las realidades temporales, hitos de un claro y hermoso camino de crecimiento hacia su plenitud vocacional.

La vocación a un carisma particular

En la historia de la Iglesia, Dios ha ido abriendo caminos de crecimiento hacia la santidad, con unos rasgos, espiritualidad y misión característicos, que destacan uno u otro aspecto del misterio de Cristo. También hoy Dios sigue llamando a personas a vivir su fe a la luz de un carisma comunitario. Hablamos de diversas realidades eclesiales —movimientos, fa-

⁸ Cf. JUAN PABLO II, *Mensaje al Congreso Internacional del Laicado Católico* (21 de noviembre de 2000).

milias espirituales—que no pocas veces abrazan, bajo un mismo carisma, diversas vocaciones. Es el caso del Regnum Christi. Cuando Dios llama a formar parte del Regnum Christi, revela a la persona un camino de plenitud cristiana a partir del carisma, espiritualidad y misión propia.

La manera en que cada persona se siente atraída por Dios al Regnum Christi puede variar. Normalmente comenzará a partir de una vida secular en el seno de ese movimiento, pero podría suceder igualmente que alguien, sintiéndose atraído a la vida consagrada laical, a la vida religiosa o al sacerdocio, se encuentre en primer lugar con alguna de las instituciones de vida consagrada. En cualquier caso, cada persona llamada a alguna de las vocaciones específicas que existen en el Regnum Christi encontrará en el carisma común una fuente de luz para el discernimiento de su propia vocación, sea como seglar, como consagrado, como religioso o sacerdote.

La vocación específica

Un carisma comunitario no agota la riqueza del llamado de Dios, pues cada uno está llamado a encarnarlo de una manera personal, de acuerdo con los dones y talentos que ha recibido. La actitud de constante escucha y discernimiento, la certeza de que Dios sigue llamando, van conduciendo a la persona a una relación única con Cristo y a una manera peculiar de entrega. Así se va configurando una vocación específica, y el desarrollo de esta conciencia en el alma es uno de los signos más claros de madurez espiritual.

Un camino auténtico de fe va dando al cristiano una sensibilidad hacia diversos aspectos del mensaje cristiano o de la misión particular, siempre como una mayor fidelidad a su vocación, porque Dios no se contradice, sino que construye sobre lo que ya ha ido manifestando. Una profundización así requiere un compromiso serio y definitivo con Dios, una docilidad al Espíritu Santo, una mirada atenta al Señor Jesús, aspectos todos que un acompañante espiritual experto ayudará a distinguir de tentaciones de huida, de búsqueda de sí mismo o de otros engaños.

En los momentos en que se haga necesario un discernimiento vocacional más profundo, es de gran ayuda:

- A. Intensificar la vida espiritual, los espacios de silencio y de encuentro con la Palabra de Dios, para propiciar la escucha y aprender a identificar la voz de Cristo que habla en el interior de cada uno e invita a seguirlo.
- B. Observar y profundizar todos aquellos elementos que forman parte de alguna vocación específica: conocerla, frecuentarla, participar en experiencias con personas que la viven.
- C. Conocerse a sí mismo: los propios talentos y cualidades; los intereses, temores y deseos; la propia historia, el modo de vivir las relaciones; las actitudes convicciones y motivaciones... Es decir, aquello que Dios ha ido poniendo en la vida como preparación para una vocación. Quien crece en conocimiento personal y observa la propia historia, los talentos y experiencias recibidas, puede dilucidar mejor hacia dónde conduce todo ello.

Los procesos de discernimiento de la propia vocación suelen alternar momentos de mucha luz con otros de dudas, inseguridades y obstáculos. Es importante mantener la confianza en Aquél que llama e invita a no tener miedo.

En conclusión, toda la vida es un proceso de discernimiento y de maduración de la propia vocación, aunque hay momentos en el camino en el que somos llamados a tomar decisiones importantes. Cada vez que una persona le da su sí, como hizo María, se abren nuevos caminos a Dios en el propio corazón y se derraman nuevos ríos de bendiciones sobre la Iglesia y el mundo.

Capítulo IV

Una cultura vocacional que se expresa y se concreta en los elementos propios de la vida del Regnum Christi.

Si la cultura vocacional consiste en entender y vivir la vida como una llamada y una respuesta en el amor, todo lo que sucede puede vivirse «vocacionalmente», aprendiendo a descubrir en los acontecimientos a Dios, que nos sale al encuentro y nos permite hacerle presente de un modo particular.

Toda acción pastoral en la vida del Regnum Christi ha de sentar las bases de una cultura vocacional que proponga esta visión del hombre, del mundo y de Dios en la que la vocación es una realidad central: el punto de partida y la meta fundamental de la existencia humana.

«El deseo de Dios está inscrito en el corazón del hombre, porque el hombre ha sido creado por Dios y para Dios; y Dios no cesa de atraer al hombre hacia sí, y sólo en Dios encontrará el hombre la verdad y la dicha que no cesa de buscar» (CCE 27).

Al entender la vocación como algo que toca toda la vida, podemos afirmar que «toda pastoral es vocacional, toda formación es vocacional y toda espiritualidad es vocacional» (ChV 254).

En el Regnum Christi nos proponemos, por tanto, vivir una cultura vocacional a partir de los cinco elementos propios que sostienen nuestra vida (cfr. RLA 2), como

comunidades de apóstoles en las que cada uno, a partir de su llamado, ayuda a los demás a descubrir su vida como vocación-misión, alentándonos unos a otros a crecer hacia nuestra plenitud en Cristo.

La vida espiritual, un encuentro con Jesucristo que nos llama

Entendemos la vida espiritual como el desarrollo progresivo de la vida trinitaria, que nos lleva a configurar con Cristo, es decir, «una relación dinámica de amor con Dios que se nutre en los sacramentos, la Palabra, la vida litúrgica, la oración y el ejercicio de las virtudes teologales y morales» (RFA 3).



«La oración misma, nacida en las familias católicas, fomentada por programas de formación cristiana, reforzada por la gracia de los Sacramentos, es el medio principal por el que llegamos a conocer la voluntad de Dios para nuestra vida. En la medida en que enseñamos a los jóvenes a rezar, y a rezar bien, cooperamos a la llamada de Dios. Los programas, los planes y los proyectos tienen su lugar, pero el discernimiento de una vocación es ante todo el fruto del diálogo íntimo entre el Señor y sus discípulos. Los jóvenes, si saben rezar, pueden tener confianza de saber qué hacer ante la llamada de Dios»

(Discurso de Benedicto XVI a los obispos de Estados Unidos, 16 de abril de 2008).

La vida espiritual permea y armoniza todos los ámbitos de la vida y es **fruto del encuentro personal con Cristo que ama y llama**. Dentro del proceso de descubrimiento de la vocación, la vida de oración es

indispensable para un encuentro profundo con un Dios que nos conoce, nos llama y anhela hablar a los corazones para dar respuesta a nuestros interrogantes más profundos.

«Para discernir la propia vocación, hay que reconocer que esa vocación es el llamado de un amigo: Jesús. [...] Este discernimiento de amistad es el que propongo a los jóvenes como modelo si buscan encontrar cuál es la voluntad de Dios para sus vidas» (*ChV* 287).

Es indispensable **formar en la vida de oración** y propiciar espacios que permitan un diálogo íntimo con Dios, para que Él pueda comunicarse y dar a conocer sus designios de amor y para que cada persona, escuchando su llamada, pueda responder a ella:

«A medida que Dios se revela, y revela al hombre a sí mismo, la oración aparece como un llamamiento recíproco, un hondo acontecimiento de Alianza. A través de palabras y de actos, tiene lugar un trance que compromete el corazón humano. Este se revela a través de toda la historia de la salvación» (*CCE* 2567).

La **vida sacramental es el fundamento** y la fuerza para descubrir y seguir la propia vocación, ya que cada sacramento es un encuentro personal y transformador con Cristo. La Confirmación refuerza la gracia bautismal con los dones del Espíritu Santo, y capacita al cristiano para el testimonio del Señor a partir de su vocación específica. En la Eucaristía, nos alimentamos del mismo Cuerpo de Cristo y nos configuramos con Él, fortaleciendo el deseo de hacer presente su

Reino. A través de la Reconciliación, experimentamos la misericordia y el perdón de Dios y encontramos la fuerza necesaria para responder con fidelidad a su llamado. Así, en el *Regnum Christi*, la vida sacramental no sólo sostiene la relación personal con Cristo, sino que ilumina y guía el camino de la vocación, renovando constantemente el compromiso de ser testigos de su amor en el mundo.

El apostolado, un encuentro con Jesús que nos envía

Todo bautizado es también enviado. En la entrega a la misión se descubre y fortalece la vocación como misión. Descubrir a Cristo a partir de las necesidades de los hombres, dejarse enviar, constatar que en el apostolado somos las manos, la boca, los pies de Cristo, son elementos que contribuyen poderosamente al discernimiento.



«La llamada de Dios, como decíamos, incluye el envío. No hay vocación sin misión. Y no hay felicidad y plena realización de uno mismo sin ofrecer a los demás la vida nueva que hemos encontrado [...]. Hacerse prójimo, como el buen samaritano (cf. Lc 10,25-37), permite comprender lo esencial de la vocación cristiana: imitar a Jesucristo, que vino para servir y no para ser servido (cf. Mc 10,45)»

(Mensaje del Papa Francisco para la 60 jornada de oración por las vocaciones).

Dar un sentido vocacional a la vida apostólica significa hacer experiencias concretas de entrega y experimentar la alegría de darse; ayudar a descubrir con qué resuena el propio corazón, a qué se siente llamado; enseñar a mirar el mundo como Cristo lo ve y a no permanecer indiferentes ante sus necesidades, de modo que, desde lo hondo del corazón, se pueda responder: «*Aquí estoy, mándame*» (Is 6,8).

Dar un sentido vocacional a la vida apostólica significa ayudar a cada uno a descubrirse llamado y enviado a colaborar con Cristo en su misión, descubriendo su mirada y escuchando su voz que dice a cada uno de modo personalísimo: «¡Sígueme! ¡Te envío a evangelizar llevando a los hombres a la experiencia del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo!».

El acompañamiento, un encuentro con Jesús que camina a nuestro lado

En el Regnum Christi queremos recibir y ofrecer un acompañamiento que nos ayude en nuestro crecimiento hacia la santidad. Este acompañamiento es necesariamente vocacional, en el sentido de que tiene por objeto ayudar a discernir, a la luz del Espíritu Santo, la propia vocación en cada etapa de la vida. Es un proceso en el que la persona es ayudada a crecer en libertad y capacidad de donación, en el conocimiento personal y en la integración de las diferentes experiencias y dimensiones de su vida, encontrando el sentido de su existencia a partir del llamado personal que Dios le hace.



«Una cosa es clara en la pastoral juvenil: es necesario acompañar a los jóvenes, caminar con ellos, escucharlos, provocarles, moverles para que vayan más allá de las comodidades en las que descansan, despertar el deseo, interpretarles lo que están viviendo, llevarles a Jesús y siempre favoreciendo la libertad para que respondan a la llamada del Señor libre y responsablemente. Es necesario crear ambiente de confianza, hacer sentir a los jóvenes que son amados como son y por lo que son. El texto de los discípulos de Emaús puede ser un buen ejemplo de acompañamiento (cf. Lc 24, 13-35)»

(Mensaje del Papa Francisco a los participantes en el congreso internacional: «pastoral vocacional y vida consagrada. horizontes y esperanzas», 1-3 de diciembre de 2017).

Acompañar es caminar junto al otro enseñándole a vivir con sentido de vocación y misión, ayudándole a ponderar los diversos aspectos que entran en el discernimiento, alentando a la plena confianza en Dios y a sus planes. Es decir, implica estar como signo y mediación de la presencia amorosa de un Dios que abraza, ilumina y fortalece.

Es importante que la vida sencilla y auténtica del acompañante testimonie que es un discípulo de Cristo, de manera que suscite a su alrededor preguntas de fondo y señale a Cristo como Aquél a quien acudir, porque Él es el Camino, la Verdad y la Vida. Quien acompaña es consciente de que «Dios sigue llamando a los jóvenes, pero nos corresponde a nosotros animar una respuesta generosa y libre a esa llamada»⁹.

⁹ BENEDICTO XVI, *Discurso a los obispos de Estados Unidos* (16 de abril de 2008).

Un acompañamiento es siempre vocacional porque busca mantener vivo el llamado más esencial, que es el de la santidad, es decir, de una comunión de vida con Cristo en el amor, que cada persona vivirá a partir de su estado.

En una atenta escucha al Espíritu Santo y a la persona que busca luz, es necesario hacer reflexionar al joven sobre los distintos caminos para que analice la atracción o rechazo que experimenta ante ellos. Cuando haya signos suficientes, no ha de temerse el proponer explícitamente a la persona que se plantee una vocación concreta.

En definitiva, el acompañamiento trata de ofrecer un camino personalizado que busca «suscitar y acompañar procesos, no imponer trayectos, pues son procesos de personas que siempre son únicas y libres» (ChV 297). Un camino de discernimiento proporciona herramientas y espacios para orar y reflexionar sobre las opciones de vida, considerando los deseos e inclinaciones del corazón.

«Para cumplir la propia vocación es necesario desarrollarse, hacer brotar y crecer todo lo que uno es. No se trata de inventarse, de crearse a sí mismo de la nada, sino de descubrirse a uno mismo a la luz de Dios y hacer florecer el propio ser [...] Tu vocación te orienta a sacar afuera lo mejor de ti para la gloria de Dios y para el bien de los demás¹⁰»

¹⁰ Christus Vivit, 257

La formación, un encuentro con Jesús que nos hace adquirir sus sentimientos

La formación ha de estar «orientada de tal modo que nos ayude a descubrir en Cristo el sentido pleno de nuestra vida, a configurarnos con Él y cumplir nuestra misión» (EFRC 30 § 1).

«Dios creador que da la vida, es también el Padre que ‘educa’, saca fuera de la nada lo que todavía no es para hacerlo ser; saca fuera del corazón del hombre aquello que Él le ha puesto dentro, para que sea plenamente sí mismo y aquello que Él le ha llamado a ser, a semejanza suya» (NVNE 16).

De ahí que, tanto en los proyectos pastorales como en los programas formativos, resulte necesario¹¹:

- presentar una concepción del hombre como ser llamado por Dios y capaz de respuesta;
- liberarlo de una concepción subjetivista que considera al individuo como centro y medida de todo;
- reflexionar sobre el sentido de la vida como apertura a la trascendencia propia del misterio de la persona, a través de los interrogantes fundamentales de la existencia;
- ser un apoyo para definir la propia existencia como don y llamada, vivida en responsabilidad y libertad;

¹¹ Cf. M. LLANOS, *¿Cómo crear una cultura vocacional entre los jóvenes?*

- señalar los elementos esenciales para vivir la existencia como respuesta, como alianza de amistad y proyecto ofrecido al hombre.

«El Señor Jesús es el formador de aquellos que llama, el único que puede plasmar en ellos sus mismos sentimientos» (NVNE 17). La formación vocacional es colaboración con Dios formador y ha de ofrecer los medios necesarios para iluminar las inteligencias, encender los corazones y fortalecer las voluntades para que cada uno pueda vivir la vocación a la que el Señor le llama y ayudar a otras personas para que hagan lo mismo.

La vida de equipo y de comunidad, un encuentro con Jesús que nos reúne

En el Regnum Christi somos una familia espiritual y un cuerpo apostólico. No vivimos nuestra fe en solitario sino siempre como parte de equipos y comunidades.

«Sólo en la relación con todas las demás, cada vocación específica en la Iglesia se muestra plenamente con su propia verdad y riqueza. En este sentido, la Iglesia es una sinfonía vocacional, con todas las vocaciones unidas y diversas, en armonía y a la vez “en salida” para irradiar en el mundo la vida nueva del Reino de Dios»

(Mensaje del Papa Francisco para la 60ª Jornada mundial de oración por las vocaciones, 2023).



Es importante formar comunidades de apóstoles enamoradas de Cristo, que rezan y viven en comunión y caridad fraterna, que son testigos de la experiencia del amor de Cristo. Esto contagia el deseo de seguir a Cristo y encontrar en Él la propia felicidad. Tenemos un profundo deseo de que nuestras comunidades se mantengan alegres y llenas de entusiasmo, que sean ambientes en los que nos ayudemos mutuamente a crecer en santidad, en plenitud vocacional y en la misión.

Es en comunidades así donde surgirán las vocaciones a los distintos estados de vida en el Regnum Christi, incluyendo las vocaciones a la vida consagrada.

«Es también importante que exista una comunidad eclesial que ayude de hecho a descubrir a todo llamado la propia vocación. El clima de fe, de oración, de comunión en el amor, de madurez espiritual, de valor del anuncio, de intensidad de la vida sacramental convierte a la comunidad creyente en un terreno adecuado no sólo para el brote de vocaciones particulares, sino para la creación de una cultura vocacional y de una disponibilidad en cada uno para recibir su llamada personal. Cuando un joven oye la llamada y emprende en su corazón el santo viaje para realizarla, allí, normalmente hay una comunidad que ha creado las premisas para esta disponibilidad obediente» (NVNE 19, b).

La promoción implica presentar las distintas vocaciones y proponer oportunamente a cada joven la pregunta sobre su vocación específica como experiencia del amor de Dios: «Señor ¿qué quieres de mí?». La estima por los miembros de nuestros equipos y las personas cercanas, así como el conocimiento y aprecio de las distintas vocaciones, hacen que cada uno pueda ser instrumento de Dios en la promoción vocacional.

En el seno del equipo, el ser compañeros de camino y familia unida en Cristo, nos hace sentirnos responsables de los hermanos y nos permite dejarnos ayudar por ellos, que nos conocen y quieren, en el descubrimiento y acogida del llamado de Dios.

Capítulo V

Las distintas vocaciones dentro del Regnum Christi

Dentro del Regnum Christi, Dios ha suscitado distintas vocaciones: tres de ellas comparten la condición laical y tres la condición de consagración.

- Lo común en las vocaciones laicales es su carácter secular entendido a la luz del acto creador y redentor de Dios, que ha confiado el mundo a los hombres y a las mujeres, para que participen en la obra de la creación, la liberen del influjo del pecado y se santifiquen en el matrimonio o en el celibato, en la familia, en la profesión y en las diversas actividades sociales, y se dediquen principalmente a la evangelización de las realidades temporales y vivan su consagración bautismal en el mundo.
- Lo común de las vocaciones de consagración es la invitación de Cristo «no sólo a acoger el Reino de Dios en la propia vida, sino a poner la propia existencia al servicio de esta causa, dejándolo todo e imitando de cerca su *forma de vida*» (VC 14). De ahí brota la disponibilidad afectiva y efectiva para el cumplimiento de la misión con un corazón indiviso, el testimonio profético, por medio de la vida fraterna en común y la asunción de los consejos evangélicos

mediante votos de pobreza, castidad y obediencia.

A continuación, presentamos cada una de las vocaciones dentro del Regnum Christi y su aportación al carisma y misión como ha quedado expresado en los Estatutos de la Federación Regnum Christi.

Los laicos asociados del Regnum Christi

«Aportan su índole secular y su acción apostólica. Los laicos prolongan la presencia de Cristo en medio del mundo y buscan transformar evangélicamente as realidades temporales, especialmente la vida familiar, profesional y social» (EFRC 5 §4).

Los laicos consagrados del Regnum Christi

«Aportan el don de la propia consagración laical y secular a través del testimonio profético estando en el mundo sin ser del mundo; de la evangelización de las realidades temporales; de la disponibilidad, caridad, competencia profesional y alegría en el servicio al Regnum Christi, a la Iglesia y a los hombres; de la promoción de la comunión fraterna entre todos, y de la oración. Viven el misterio de Cristo, consagrado al Padre y cercano a sus hermanos los hombres, como uno más de su Pueblo, anunciándoles el Reino con la ofrenda de su vida, su trabajo y su palabra» (EFRC 5 §2).

Las consagradas del Regnum Christi

«Aportan, desde su identidad femenina, el don de su consagración laical por su entrega total y exclusiva al amor de Cristo, siendo signos del Reino en medio de las realidades temporales; promoviendo y custodiando la comunión; saliendo al encuentro de las personas en las realidades concretas de su vida y emprendiendo aquellas acciones que más contribuyan al establecimiento del Reino de Cristo» (*EFRC* 5 §1).

Los Legionarios de Cristo

«Aportan, por su consagración religiosa, el testimonio de su entrega a Jesucristo y su disponibilidad plena para la realización de la misión común. Por su condición de sacerdotes hacen presente a Cristo Sacerdote y Buen Pastor, a través de la predicación, la administración de los sacramentos y la guía espiritual. En comunión con todos, colaboran en la formación integral, la dirección y la proyección apostólica de los fieles asociados, promoviendo la plenitud de su vocación bautismal y el liderazgo cristiano; y establecen las instituciones y emprenden las acciones que más puedan contribuir, en profundidad y en extensión, a edificar el Reino de Cristo en la sociedad» (*EFRC* 5 §3).

Conclusión

Cultura, pastoral y promoción vocacional en el Regnum Christi, una tarea compartida por todos

Como familia Regnum Christi dentro de la Iglesia, estamos llamados a vivir una **pastoral y promoción vocacional** a partir de una auténtica y renovada **cultura vocacional**.

Queremos vivir la Buena Nueva de que Dios nos sale al encuentro y nos revela su misterio de Amor, razón última por la que llama a la existencia a sus criaturas. Él ama de manera incondicional y llama a cada uno personalmente, con los dones y talentos recibidos de Él, esperando que le respondamos en libertad para plasmarnos según la imagen de su Hijo compartiendo su misión.

Una vida que tiene su origen y fin en el Amor se desarrolla y llega a su plenitud en la entrega vivida por amor. ¡Y una vida así tiene sentido!

Recemos unos por otros para que vivamos la vocación que hemos recibido de Dios en plenitud y fidelidad. Que seamos capaces de descubrir la vocación que el Señor nos dio con nuevos ojos, sin creer que la conocemos plenamente, sino dejándonos asombrar por las riquezas inagotables que contiene y que jamás agotaremos en el transcurso de la vida. Que podamos

a la vez valorar las demás vocaciones, maravillándonos de la riqueza de los dones con que Dios adorna a su Iglesia y con los que ha enriquecido también esta pequeña porción que es el Regnum Christi. Así nos haremos promotores convencidos de una cultura vocacional y nos prestaremos al Espíritu Santo para ayudar a otros a descubrir y acoger el don con el que quiere llevarlos a su plenitud y fecundidad.

Pidamos a la Santísima Virgen que el Regnum Christi sea siempre un lugar donde los jóvenes puedan encontrar a Cristo, descubrir su llamada, crecer en la amistad con él y ser enviados por él en misión.

Abreviaciones

- CCE** Catecismo de la Iglesia Católica
- EFRC** Estatutos de la *Federación del Regnum Christi* (31 de mayo de 2019)
- EG** FRANCISCO, Exhortación apostólica *Evangelii gaudium* (24 de noviembre de 2013)
- NVNE** OBRA PONTIFICIA PARA LAS VOCACIONES ECLESIAÍSTICAS, *Nuevas vocaciones para una nueva Europa* (6 de enero de 1998)
- RFA** *Reglamento de los fieles asociados a la Federación del Regnum Christi* (17 de septiembre de 2019)
- VC** JUAN PABLO II, Exhortación apostólica postsinodal *Vita consecrata* (25 de marzo de 1996)

¡VENGA TU REINO!

